



KRASSIMIR DAMIÁNOV

Encontrarte a un viejo conocido antes de Año Nuevo, con dinerito en el bolsillo y toda la tarde por delante: qué hay más agradable para uno que ha salido a dar una vuelta. Era un treinta y uno de diciembre tan soleado y despreocupado que Emil Kóev no podía dejar de alegrarse al ver la figura ajada y, dicho sea en general, ridícula, que se presentó ante la puerta. Chas había dado un salto con los pies juntos y cogió el tranvía en el último instante.

—¡Eh, el artista! —hizo señas desde el asiento Emil, sonriendo de oreja a oreja a su antiguo compañero de clase. Estaba alegre ya desde la comida, cuando lo echaron de casa con el pretexto evasivo de que hiciera la compra. Con ese motivo se había agasajado al salir con las reservas para la noche, pero, como se suele decir, sólo para dar brillo a los ojos. Y ahora, ¡ahí tienes a Chas!

—¡Eh, hola! —replicó indolente el hombre a quien se había dirigido con terna familiaridad. Éste se abrigaba con un capote remendado al que le faltaban, como poco, dos botones. Al cuello se le destacaba, por su insólita longitud, una bufanda de color verde sucio, que le daba dos vueltas. Hace veinte años Chas y él tocaban en la orquesta del colegio. Emo[□], la segunda trompeta; su compañero, los platillos. Y de ahí el mote: ¡Bum-ta-ta! ¡Bum-ta-ta! ¡Chassss!... Chas padece de algo de la cabeza, lo pasó mal en la pubertad y al fin y a la postre dejó el colegio en séptimo. Y con eso se quedó, con el recuerdo de los platillos.

—¡Vamos un rato a Las Piedras, invito yo! —lo pinchó con alegría Emil—. Y así me cuentas cómo lo llevas en el teatro. ¿Aprobaste Interpretación Actoral II? —sonrió.

—Es que... ya no estoy ahí —farfulló Chas, haciendo un inseguro intento de escabullirse.

—¿Por qué?

Después de dejar el colegio, Chas había trabajado principalmente como obrero

no cualificado, descargando en la Fábrica de Cerveza, una vez incluso como ayudante de conductor, lo que llevaba a lo mismo: mozo de cuerda. Fuere donde fuere, sin embargo, insistía en mentir que estudiaba por las noches. Algún instituto técnico profesional especial. Por ejemplo: química nuclear. ¡Pobre Chas! Me daba pena por no ser como los demás, que llegarían a físicos de verdad y químicos de verdad, lumbreras de la ciencia, políticos. Y cuando sus compañeros de clase terminaron el bachillerato y prendió la fiebre de la selectividad universitaria, a Chas también, por inducción, se le contagió. A un amigo de Emil, psiquiatra, le gustaba decir que en los locos cristalizan las ideas del siglo. Es posible, pero, aunque lo reconocieran como normal e hiciera el servicio civil, en Chas también cristalizó la idea de nuestra época: ¡enseñanza superior a cualquier precio por todos los medios! Comercio exterior. Arquitectura. Electrónica. Las Artes. Chas no quedó ajeno a su fascinación: —¿Qué estudias, Chas? ¿Has aprobado los exámenes? —Me ha quedado sólo In-n-n-t-t-troducción a la Arquitectura o: Interpretación Actoral II... ¡Y cómo acariciaba el oído lo de “Dos”! ¿Cómo lo había aprendido, de dónde había sacado tales sutilezas? El desdichado tocador de platillos se había apasionado tanto que decían que hasta se lo encontraban en clase. Algunos profesores lograban desenmascararlo casi inmediatamente, pero con otros, más despistados o sentimentales, llegaba hasta Año Nuevo. Por eso es por lo que Emil le preguntó por el teatro, amistosamente, tenía en buena estima a su antiguo y estudioso compañero, esperaba que por fin hubiera aprobado los exámenes con buena nota. ¿No era ése un motivo fenomenal para mojarlo? En ese momento advirtió que por debajo del abrigo a Chas le asomaba el pico de un delantal blanco.

—¿Qué es eso? —con miedo fingido Emil alzó los ojos—. ¿Has plantado el teatro?

Se inclinó hacia delante y clavó la vista con severidad en los ojos juntos del antiguo artista.

—¿No te habrás hecho médico?! —susurró con malicia Emil.

Su interlocutor se agitó, inquieto, en el asiento.

—Bueee...

Emil no tenía nada en contra de la medicina, pero no había visto a Chas más de una década para permitirse renunciar a tal espectáculo.

—¡Ya eres todo un cirujano?! —exclamó conmovido, abriéndole un poco el capote y viendo una gota de sangre en el borde de la bata blanca que llevaba debajo—. ¡Dios mío! ¡Cirujano militar! ¡Dame un abrazo!

El viejo amigo lo miró a hurtadillas. Chas aún no podía creer en su propio

éxito. Le parecía una victoria sospechosamente fácil, pero Emil burló con rapidez su vigilancia.

—La medicina —agitó la mano—. ¡Eeeeh!... ¡Apéate, que tenemos motivos para celebrarlo!

—No puedo —meneó la cabeza el antaño tocador de platillos—. En las fiestas cae más trabajo que nunca...

—¿Un caso grave? —se interesó Emil—. ¿Algún coronel? ¡¿General?! —Ya le relinchaba por dentro, apenas aguantaba sin echarse a reír...

—Sargento —suspiró con modestia Chas.

—Bueno, no los repartes tú. ¿Y qué le pasa?

—Una puñalada.

—Sí-í...

Ambos se callaron, apesadumbrados. El tranvía cruzó las Cinco Esquinas y paró hacia el paso subterráneo del Palacio Nacional de la Cultura.

—¡Tengo que apearme aquí! —se levantó de improviso Chas. Y de la misma manera que se había subido se plantó en la acera: con los pies juntos. Para que no le dé corriente, se acordó Emil.

—¿Dónde puedo dar contigo, si se da el caso? —exclamó en pos de él.

—¡Cirugía II!

—¡Y si no nos vemos en los próximos cien años, Feliz Año, doctor Chas!

—¡Doctor Ivano-o-o-v...! —se oyó por el lado de la calle, pero el tranvía cortó las palabras como de un tajo.

¡Pobre Chas! No había cambiado mucho.

Emil pasó un resto de la tarde agradable: fue a ver a la *mamma*, le llevó un regalo, tomó un vaso con su suegro, echó una cabezadita hasta eso de las tres y media y a eso de las cuatro salió a pie. Miraba los escaparates, a las mujeres bien vestidas, sentía el alma contenta, cálida y liviana. ¡Año Nuevo, vida nueva! Se acordó de Chas: tendrá qué contarle por la noche a su mujer. Aunque, pensándolo un poco, ¿qué tiene de gracioso? Chas es un desdichado y Emil se comportó con nobleza al hacer que lo creía. ¡Pobre Chas! Seguramente trabajaba de verdad en un hospital, ya como enfermero, ya como mozo de cocina. ¿Y cómo vive, dónde duerme? Si no fuera por esa enfermedad, de Chas seguro que saldría algo. Al ciento por ciento. Bueno, es dudoso que hubiera podido terminar el conservatorio, como Emil. ¡Con los platillos! Pero al menos no le faltaban ganas de estudiar. Ni fantasía, se dijo con pena. Fantasía. ¡Lo suyo sí que era una desdicha!

De vuelta por la ciudad le vino a la cabeza que no era mala idea aprovisionarse de carne para después de las fiestas. En la esquina de Párchevich y Vítosha la

cola le pareció aceptable y entró en la tienda. Se acababa de echar a reflexionar sobre lo relativo que es todo –fíjate, ayer eran niños, hoy hombres, unos se han quedado a la zaga, otros han prosperado–, cuando salió de improviso por la puerta de la cámara frigorífica, ataviado con un delantal de carnicero salpicado de sangre y con medio cerdo al hombro... ¡Chas!

En el primer momento el viejo mentiroso no lo vio con sus ojos miopes, ligeramente juntos. Emil intentó esconderse tras las espaldas de los que esperaban, pero la cola lo repelió y entró en el campo visual de Chas. La pupila ausente del cirujano lo descubrió y se encogió en un alfiler, se congeló. Pasaron cierto tiempo mirándose completamente serios; a Chas por poco se le cayó el cerdo, que tiró con ruido sobre la maciza mesa de roble picada del fondo. De espaldas al público de esa pequeña escena, indescifrable para el espectador no iniciado, inclinado sobre la mesa de operaciones y con un enorme “escalpelo” en la mano, concentrado, empezó ágil su actividad...

Emil, disculpándose, se abrió paso hacia la puerta.

–¿Qué cerdo resultó ese sargento, eh? –pensó con amargura al salir–. ¡Qué cerdo!

NOTAS

¹ Nombre de la clínica quirúrgica del Hospital Universitario “Aleksándrovska” de Sofía. (N. del t.)

² Hipocorístico de Emil. (N. del t.)

KRASSIMIR DAMIÁNOV (Красимир Дамянов)

Nació en 1948 en Sofía.

Estudió ingeniería civil en el Instituto de Ingeniería y Construcción de Sofía, cursando un año en La Habana. Como ingeniero trabajó en el Puente de Asparuh en Varna y en el Instituto Nacional de Monumentos Culturales.

Ha trabajado como escritor profesional, redactor de la editorial “Escritor Búlgaro”, redactor y redactor jefe del “Colectivo 64” de los Estudios Cinematográficos “Boyana”, de donde fue obligado a dimitir en 1989. Después de trabajar como taxista, emigró a España, donde volvió a su profesión originaria.

Desde 1990 vive en España, primero en Madrid y después en Barcelona, donde regenta el club-hotel cultural “Arthostal”.

En 1989 desaparece de la escena literaria búlgara. Reaparece a finales de la década de 2000 con una novela y una colección de cuentos, *La casa del aborvado*, para la que se convocó un original concurso con premio “Al mejor lector”, que debía dar con los (tres) errores “emboscados” en el texto.

Libros de cuentos:

1981: *Защо няма бог* (*Por qué no hay Dios*)

1985: *Дяволски нокът* (*Uña diabólica*)

1989: *Приказки за зловещи деца* (*Cuentos para niños desganados*)

2009: *Къщата на обесения* (*La casa del ahorcado*)

Novelas:

2008: *Дневникът на една пеперуда* (*El diario de una mariposa*)

En preparación: *Студентът по Хармония* (*El Estudiante de Harmonía*), segunda parte de *El diario de una mariposa*.

El cuento *Втора хирургия* (*Cirugía II*) se publicó por primera vez en 1985 y en versión revisada en la colección de cuentos *La casa del ahorcado* (2009).

Traducción del búlgaro de Francisco Javier Juez Gálvez.

